



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Pablo Morosi

PADRE CAJADE

El santo de los pibes de la calle

Prólogo de Ana Cacopardo



PRÓLOGO

Por las cornisas

Comienzo a escribir estas líneas mientras Carlos Cajade me mira desde la foto. Sonríe y con gesto tierno sostiene a mi hija recién bautizada en sus brazos. Lo rodean dos pequeños monaguillos que llegaron acompañando al cura. Llovía y Carlitos nos propuso que hiciéramos el bautismo en casa y no en la capilla del Hogar. Con una palangana de plástico azul improvisamos la juntada del agua que luego usó para bendecir a Mariel. Es una imagen entrañable, una de las cientos o miles que el cura supo sembrar en nuestras vidas personales y en la memoria social. Y que la lectura del libro de Pablo Morosi evoca a través del tejido de un relato delicadamente imbricado. Un relato que es retrato personal y de época. Ambas dimensiones dialogan armoniosamente. La que describe la biografía de Carlos, su subjetividad, sus dilemas y su pensamiento. Y al mismo tiempo, la que los inscribe en la historia reciente de la Argentina, devolviéndonos momentos clave de la vida nacional. Esta es la mirada que se imponía porque Carlos Cajade siempre buscó comprender el pulso de su tiempo para discernir dónde debía hacer pie en sus luchas y alianzas. En sus silencios y provocaciones. Por esa razón, Carlos caminó siempre por

las cornisas. Y la definición no es mía. Es del propio Cajade y me interesa traerla al inicio de estas líneas, porque no solo es una celebración de sus rebeldías. También explica la fortaleza de su legado: “Si algo tengo que agradecerle a Dios es que siguiendo la vocación que tengo, me haya hecho caminar siempre por las cornisas”.

Esa rebeldía se fue afirmando cuando Cajade comprendió que había que afrontar la pelea de fondo contra la desigualdad y la exclusión. Y que eso significaba dar batalla al menos en dos frentes: el político-social y el de la propia Iglesia. No es un dato menor que el sacerdocio de Carlos se haya desplegado en La Plata durante los arzobispados de Plaza y Quarracino, cómplices y propagandistas de la última dictadura. Y más tarde durante la gestión ultraconservadora de monseñor Aguer.

El libro de Pablo Morosi permite comprender el clima de época y la trama de vivencias, lecturas y saberes que Carlos fue sintetizando hasta moldear una perspectiva propia y una forma de acción. En los agitados años de formación sacerdotal, aparecen ocupando un lugar decisivo en el pensamiento de Cajade los postulados del Concilio Vaticano II, la teología de la liberación y el movimiento Schoenstatt. Muchas de estas lecturas, una auténtica herencia para el Seminario Mayor de la ciudad de La Plata. Textos que leía con la avidez y sensibilidad que le había otorgado la matriz obrera de Berisso, donde trabajó como operario del frigorífico Swift y conoció a referentes de la resistencia peronista como Néstor “Pichila” Fonseca. En estos años, aparece un conjunto de nombres decisivos para Carlos. Sus maestros y amigos de siempre: Mario Ramírez, Leonardo Belderrain, Rubén Capitano, el padre Sirotti y el obispo Jaime De Nevaes, entre otros.

Hay episodios y fechas emblemáticas, sobre los que el libro de Pablo Morosi vuelve de modo entrañable. Uno de ellos es el relato de la visita a la familia Aued en Berisso. Carlos cumplía su segundo aniversario al frente de la parroquia San Francisco de Asís donde había iniciado su trabajo con niños y adolescentes. Fueron ellos quienes una Navidad de 1984 lo condujeron a una casilla donde no había ni pan ni esperanza. “En ese momento supe que Dios me había conducido a un pesebre”, rememoró años después. Por este y otros hechos, podríamos decir que los años de la llamada “primavera democrática” fueron decisivos en la construcción de un sentido de vida y misión pastoral. Carlos también fue comprendiendo en esta etapa los alcances de la represión y el exterminio perpetrados por la dictadura cuando le tocó ser vicario de la Catedral bajo las órdenes de monseñor Montes, denunciado luego por Chicha Mariani, primera presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo. Los testimonios de las víctimas de la dictadura impactaron fuertemente sobre su conciencia. Quizás por eso Carlos siempre cargó de sentido la fecha del 24 de marzo de 1986. Ese día, azarosamente, comenzó a ser habitado el Hogar de la Madre Tres Veces Admirable, en el predio de 643 y 13. Habían circulado rumores de una gran *razzia* policial en las calles de La Plata y el cura resolvió esa noche proteger en el Hogar al primer grupo de chicos que ya lo rodeaban. Fue un 24 de marzo. “A diez años del terror, nació una esperanza”, diría más tarde Carlos Cajade ligando la memoria del golpe a la del nacimiento del Hogar.

Pero además los años 80 serían fundantes para Cajade en otros dos aspectos: conoce a Alberto Morlachetti y encuentra en la obra Pelota de Trapo no solo un modelo a imitar, sino un espacio de interlocución y hermandad que

los llevaría a confluir en el Movimiento Nacional Chicos del Pueblo. El segundo episodio decisivo de esta etapa es su paternidad: en 1985 nace Agustina, la primera hija de Carlos Cajade. Y aquí me parece pertinente volver a la idea de cornisa, no solo por lo que significó en ese momento para Carlos, sino por lo que implicó para Pablo Morosi como desafío para su relato. Porque lo que se pone en juego aquí es un borde delicado: la frontera entre la intimidad y la esfera de lo público. Hasta dónde contar. Hasta dónde tiene sentido contar. El dilema no es menor. Y Pablo logró resolverlo desde una posición ética que le permitió poner en foco un conjunto de debates pendientes dentro de la Iglesia. Porque estos debates, que interpelan la hipocresía y los dogmatismos eclesiásticos, son también parte del legado de Cajade. Si bien alguna vez Carlos se animó a decir que el celibato debía ser optativo para curas y monjas, no tuvo resto para sostener una discusión pública. Y el silencio fue el único modo de tramitar su paternidad sin abandonar la Iglesia y su obra. Un silencio que lo torturó durante años porque tenía el espesor de la clandestinidad para los que más amaba. Por eso este libro, además de actualizar un debate pendiente en torno al celibato, viene, en el caso de Carlos Cajade, a cumplir una tarea quizá inesperada: la de reparar tantos años de silencio y reivindicar esa certeza que tenía Carlos cuando les decía a sus amigos que Dios no podía menos que bendecir el amor que sentía por su pareja y sus hijos.

Siempre tuve la sensación de que Carlos Cajade terminó de madurar política e ideológicamente en el transcurso de los años 90, cuando el modelo neoliberal se impuso en la Argentina y se incorporó activamente al Movimiento Nacional Chicos del Pueblo. La lectura de las entrevistas

y los pronunciamientos que rescata este libro afirman esa idea. “Estas obras no son caritativas sino que tienen una razón de justicia. Aquí nos juntamos para transformar el mundo”, le gustaba decir a Cajade. Esta es otra de las vías de entrada que propone este libro: reencontrarse con el pensamiento de Carlos Cajade. Hay un minucioso trabajo de archivo que le permitirá al lector reflexionar o conmocionarse con las palabras simples y siempre consistentes del cura, que a finales de los 90 ya era un referente indiscutido de los temas de niñez. Con Morlchetti recrearon consignas que son parte de la memoria de la resistencia al neoliberalismo. Consignas como “Sin trabajo no hay infancia” o “El hambre es un crimen”. Consignas que aún hoy son banderas.

En el recorrido que propone Pablo Morosi en este libro, también se vuelve evidente que parte de esa maduración política lo llevó a comprender que las luchas que se encapsulan se pierden. Por eso el Movimiento Nacional Chicos del Pueblo se inscribió en la CTA conducida por Víctor de Gennaro, que vino a traerle aire fresco al movimiento sindical argentino. Esa misma conciencia de que había que buscar caminos de articulación lo convenció de la necesidad de apostar al Foro por los Derechos de la Niñez conformado en 2005 en la provincia de Buenos Aires, integrarse a la Comisión Provincial por la Memoria o fundar la revista *La Pulseada*. Recuerdo que cuando en el año 2002 discutíamos con Carlitos y un grupo de periodistas amigos el nombre que debía tener la revista del Hogar, aprobamos con entusiasmo la idea de “la pulseada”. Sentíamos que expresaba fielmente un contexto en el que había que remar a contracorriente de un sentido común que reclamaba más cárcel y penas más duras. O que instalaba recurrentemente

el debate sobre la reducción de la edad de imputabilidad. Contra ese discurso punitivista, que estigmatizaba a los niños y jóvenes morochos y pobres, Carlos levantaba las banderas de una seguridad que no se construía ni con rejas ni con más policías. Una seguridad humana que se edificaba con derechos y ternura. “No tenemos que cuidarnos de nuestra infancia sino que tenemos que cuidar a nuestra infancia. ¿Cómo puede ser que todavía haya quien quiera seguir bajando la edad de imputabilidad? ¿No nos dimos cuenta de que en los últimos años hemos aumentado todas las leyes represivas y el delito no disminuyó? Sabemos que la mayoría de los delitos graves provienen de corporaciones mafiosas integradas por cuerpos de seguridad, políticos y barrabravas barriales. ¿O todavía seguimos pensando que esto se arregla a los tiros?”. Fechado en marzo de 2004 este es uno de los editoriales de *La Pulseada* que Pablo Morosi rescata en su libro.

Así es el Carlos Cajade que recuerdo en el último tramo de su vida. Lúcido y cada vez más jugado en la expresión de sus ideas. También dentro de la Iglesia. Vale la pena volver a leer la carta abierta que publicó en mayo de 2005 en *Página/12*, expresando su desilusión por la elección del papa Ratzinger. “Nos queda, además, otro montón de interrogantes que nos tendremos que plantear: la visión de la mujer en la Iglesia, que tiene mucho de misógina por un machismo exacerbado y una homosexualidad no asumida; la exclusión de los divorciados; el dolor de tantos niños con sida; el diálogo con las ciencias, fundamentalmente en los temas de la vida y de la muerte; la visión de la realidad de este sistema injusto que provoca desigualdad, hambre y consumos desmedidos, y muchos interrogantes más. Querido Benedicto XVI, usted [...] podrá ser un Papa padre y

protagonista de nuestro tiempo, si es que se sube a la barca de Pedro y plantea el debate con la humanidad asumiendo *el rugido del mar y la violencia de las olas*".

Carlos fue un amigo entrañable. Y un querido compañero. Su sensibilidad humana lo hizo valiente. "No tengo miedo de salir con los taponés de punta, así quede mal con quién sea", decía el cura. Su indignación ante la desigualdad y la indiferencia lo volvió implacable con los tibios, los poderosos, los burócratas. En los ojos oscuros de Marcelo o la sonrisa blanca de la Negri encontró el coraje que supo desplegar, sin estridencias, en cada reclamo justo. Siempre decía que todos tenemos una estrella. Se lo decía a cada pibe que llegaba al Hogar con su autoestima destruida. Esa confianza prodigada por el cura y los educadores fue la plataforma que les permitió a tantos niños y niñas construir un lugar en el mundo. Un destino posible, como bien dice Pablo en una de las dedicatorias de este libro. Contra todos los pronósticos, contra los que solo ven población sobrante e irrecuperable. Un destino posible.

Quiero agradecerle a Pablo Morosi este libro. Empeñó una tarea compleja: la de aproximarse a una figura admirada, sin convertirla en un mármol, sin eludir sus conflictos y contradicciones. Por eso mismo este libro es un documento imperdible que recupera el pensamiento de Carlos Cajade, pero también su ternura y su alegría. Aquí están todos los que fueron parte vital y amorosa del Hogar y sus emprendimientos, sin importar las diferencias que alguna vez los distanciaron. Aquí el lector encontrará el gran relato de la historia reciente pero también, las historias mínimas. Leerlo fue para mí un viaje por la propia historia y por el origen mismo de las ideas que nos siguen empujando. Porque la vida de Carlos y su memoria tienen la vigencia de un legado

urgente. Porque Carlos Cajade quería el cielo en esta tierra. Porque quería una justicia que tuviera que ver con el pan y no con las balas. Porque por eso eligió caminar por las cornisas.

—ANA CACOPARDO
10 de mayo de 2016

INTRODUCCIÓN

Carlos Alberto Cajade fue un cura militante que entregó su vida a la infancia desamparada y luchó con coraje contra desigualdades e injusticias. Ganado por una fe inmensa y una espiritualidad singular desde la que concibió indisoluble lo humano y lo divino, vivió a golpes de corazón, regido por sus impulsos y obsesiones.

Nacido en un barrio obrero vivió en su juventud los bríos del peronismo revolucionario a cuyas banderas se abrazó con convicción. Veneraba a Evita y al Che tanto como a Mugica o Angelelli.

En respuesta a un fuerte mandato familiar y a una revelación que lo asaltó en plena adolescencia, ingresó al seminario para convertirse en sacerdote. Formado al calor de las discusiones sobre el *aggiornamento* que propuso para la Iglesia el Concilio Vaticano II, eligió la opción preferencial por los pobres que llevó a la práctica al fundar el Hogar de la Madre Tres Veces Admirable. Esta iniciativa fue una adaptación de la pedagogía de José Kentenich, fundador del Movimiento de Schoenstatt, centrada en la libertad y la confianza, que planteó un modelo de intervención que se convirtió en referencia para las políticas públicas

destinadas a la niñez abandonada, que hasta entonces solo proponían el encierro.

Cajade no usaba sotana ni el resto de los habituales atuendos religiosos. Como sintetiza el párroco Alberto Meroni: “Era un sacerdote que olía a barrio en lugar de a incienso”. Lo caracterizaban su humanidad y un modo de ser afable y generoso; tenía el don de hacer sentir bien a la persona con quien trataba; y una bondad manifiesta en innumerables gestos como compartir lo que recibía, fijarse que a los demás no les faltara nada o ayudar haciéndose invisible para evitar la humillación. También lo definía una impuntualidad que a veces irritaba tanto como sus distracciones o la desconcentración en que a veces incurría frente a múltiples preocupaciones y responsabilidades.

Estaba convencido de que la práctica del Evangelio debía incluir un compromiso crucial y activo con los desposeídos que sirviera para mejorar la vida de camino a la eternidad. Comprendió pronto que la verdadera pelea estaba en la calle donde los poderosos imponen las reglas generales del destino de los pueblos.

En la década del 90 resistió las políticas neoliberales de achicamiento del Estado y flexibilización laboral que, según él, cimentaban una fábrica de pobres. Desplegó una fuerte figura pública capaz de irritar a la jerarquía eclesial incursionando en el sindicalismo o integrándose a la Comisión Provincial por la Memoria desde donde denunció vejaciones y abusos en cárceles y comisarías. Como coordinador del Movimiento Nacional Chicos del Pueblo, que contribuyó a fundar junto a su gran amigo Alberto Morlachetti, impulsó la idea de instaurar una asignación de carácter universal para menores de dieciocho años.

Distinto a la mayoría, se reveló como un sacerdote de

extraordinario carisma y sensibilidad exquisita. Lograba conectar de un modo muy especial con los fieles que se identificaban con él por su actitud comprometida y su estilo simple y directo que, sin eufemismos ni acartonamientos, hablaba de las cosas de todos los días. Con su guitarra, sus canciones y ese rasgo de humanidad tan propio, hacía de la misa una celebración inspiradora.

Apuesto y apasionado, provocaba una potente empatía y atracción que generaban tanto fervientes adhesiones como pasiones ocultas y desenfrenadas que, en ocasiones, no se detenían frente a su condición de cura.

Cajade construyó un mito de sí mismo y de cada una de sus acciones. Por eso circulan alrededor de su figura cientos de anécdotas, en buena parte improbables. No hay un solo padre Cajade sino tantos como personas lo conocieron: hay un Cajade santo y otro hereje; uno público y otro secreto.

Repasar su vida y su obra es también echar un vistazo al derrotero de la Iglesia platense a lo largo de cuatro décadas. Sus reproches al verticalismo y a las arbitrariedades de la estructura eclesial lo ubicaron en los márgenes de una institución dominada por el conservadurismo a la que sirvió y amó aun con sus diferencias. Cuestionó el celibato al que consideraba una imposición absurda y arbitraria que aislaba a los clérigos de las vivencias del resto de la gente. Lo hizo desde el discurso, pero también desde la acción: se enamoró y tuvo tres hijos a los que crió, sin reconocerlos formalmente.

Vivió contra la corriente, preso de los preceptos imperantes en una época cargada de oscurantismo y represiones; cercado por la rigidez de la Iglesia de los castigos, que lejos estuvo siempre de aceptar o entender los ardores

que atravesaron su existencia sublevada y audaz. Así mantuvo oculto el alumbramiento de su primera hija, como veremos, íntimamente vinculado con la creación del Hogar para chicos de la calle.

Lejos de convertirse en un díscolo aceptó las condiciones que imponía el orden eclesiástico, convencido de que su misión presbiteral era trabajar por los derechos de la infancia encarnando el rol, siempre incómodo para el episcopado, del sacerdote políticamente comprometido con los vulnerados.

Sus incursiones en diversos terrenos, a menudo farragosos, y su acostumbrado trajinar en las “periferias existenciales”, de las que tanto habla Francisco, lo llevaron a trazar caminos; algunos de los cuales ha comenzado a desandar la propia Iglesia últimamente. Hoy podría decirse que la Iglesia se parece un poco más a la que Carlos Cajade soñó y contribuyó a construir con sus aciertos, errores, virtudes, defectos y humanas contradicciones. Tras largos años de marginación, el patrón eclesial del cura de los pibes de la calle parece empezar a redimirse, a partir del pontificado del Papa argentino.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	17
CAPÍTULO 1 - Nochebuena	21
CAPÍTULO 2 - Carli	33
La vocación	43
El curita	55
CAPÍTULO 3 - Hogar	67
Padre del desamparo	72
La Casita	76
Una mano de la Mater	90
Ladrillo sobre ladrillo	95
La Negri	106
La comunidad	107
El amor	112
CAPÍTULO 4 - Resistencia	117
La militancia	129
El hambre	137

El neoliberalismo	142
Espionaje	153
Derechos para la infancia.....	165
El kirchnerismo.....	170
CAPÍTULO 5 - Pulseada	177
La palabra.....	191
El cuerpo	209
El espíritu.....	222
CAPÍTULO 6 - Legado	235
Reconocimientos	242
Recuerdos	254
GRATITUDES.....	263
BIBLIOGRAFÍA	265